



Cuentos con rima para los que se animan

Adela Basch, Silvana Goldemberg,
Carmen Martínez, Graciela Pérez Aguilar,
Graciela Repún y Anahí Rossello

Tres astutos suricatos que huyen de un buitre hambriento, un caballero valiente llamado Julián, una chica rebelde que insiste en salir sola, unos animales de muy mal humor junto con un mono que ama las coplas, unos chicos que se divierten de lo lindo durante un apagón y un raro gato con la cola al revés son algunos de los personajes que viven en los cuentos de este libro. Hay animales que hablan y otros que no, hay personajes astutos y otros no tanto, pero todos, todos, todos, te harán morir de risa. ¿Qué mágico poder tiene la rima? ¿Por qué al leerla o escucharla las palabras suenan tan divertidas? Tal vez la lectura de este libro revele las claves de este misterio. O tal vez siga siendo un enigma imposible de descifrar.

ISBN 978-987-1865-21-5

9 789871 865215

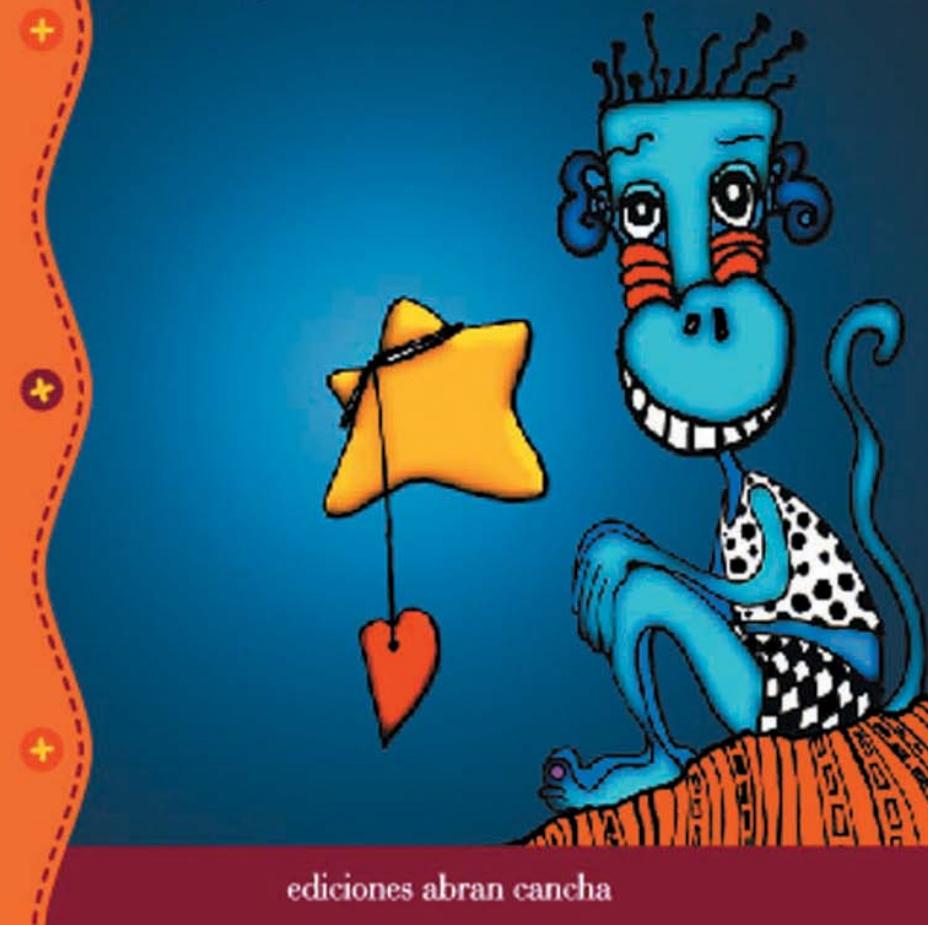


Cuentos con rima para los que se animan

cuentos de

Adela Basch, Silvana Goldemberg, Carmen Martínez,
Graciela Pérez Aguilar, Graciela Repún y Anahí Rossello

ilustrados por Sara Sedran



ediciones abran cancha





Esta edición de 10.000 ejemplares se terminó de imprimir en el mes de abril del año 2013,
en Gráfica Pinter/Help Group (www.hgprint.com.ar), Diógenes Taborda 48,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



Material de distribución gratuita

Colección Caballo Bayo

Dirección: Adela Basch

Edición: Luciana Murzi

Diseño de colección y diagramación: Delius

Primera edición: abril de 2013

© 2004 Adela Basch, Silvana Goldemberg,
Carmen Martínez, Graciela Pérez Aguilar,
Graciela Repún, Anahí Rossello
© 2004 Ediciones Abran Cancha
Corriti 3909 (C1172ACK)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
www.abrancancha.com
info@abrancancha.com

Cuentos con rima para los que se animan /
Adela Basch ... [et.al.] ; ilustrado por Sara
Sedran. - 1a ed. - Buenos Aires : Abran
Cancha, 2013.

64 p. : il. ; 19x12 cm. - (Caballo Bayo /
Adela Basch)

ISBN 978-987-1865-21-5

1. Literatura Infantil Argentina. I. Adela
Basch II. Sara Sedran, ilus.

CDD A863.928 2

Todos los derechos reservados. Prohibida
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio sin permiso previo del
autor y de la editorial.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Impreso en Argentina.

Yo era una reina delicada

novela

Laura Palacios

Ilustraciones: María Elina



Cuando nací, las Hadas Madrinas llegaron para tatuar mi nombre.

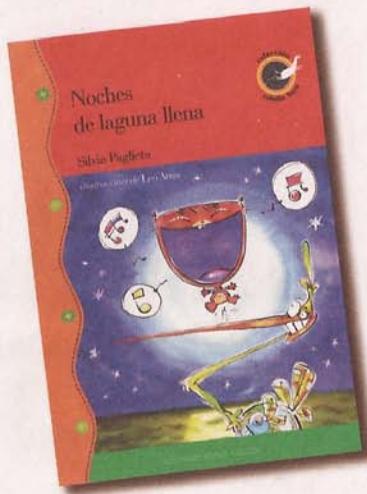
Mi infancia transcurrió entre nodrizas, dobles primas trillizas, banquetes y pálidas muñecas. Pero también hubo otra educación: la de la Pitonisa Astrónoma. Ella me entregó tres objetos y argumentó que yo sabría cuándo y cómo usarlos. Después me di a la fuga. Conocí al Joven del Sombrero Azul, a los Muñecos de Nieve, al Mago que les había robado sus nombres y a la terrible Madre del Mago. Y sí, supe cuándo y cómo usar los objetos que mi sabia maestra me había dado...

Noches de laguna llena

novela corta

Silvia Paglieta

Ilustraciones: Leo Arias



A veces la laguna crece tanto que ni siquiera a lo lejos se divisan las orillas. En este lío de agua están hechos sopa una tera, un tero con cara de yuyo amargo, una pata y un pato enamoradizo. Una coipo, una gallareta y una garza. Y también una lagartija con sueño viejo, una paloma y un cuiquito inquieto que quiere volver a casa. Poco a poco la laguna recupera sus bordes de tierra y las noches quedan cortas para contar todos los cuentos, los chistes y los piropos que los animales inventan para entretenerte. Y, entre palabras y silencios, estos amigos van mostrándose los sueños que ningún agua puede humedecer.

Cuentos con rima para los que se animan

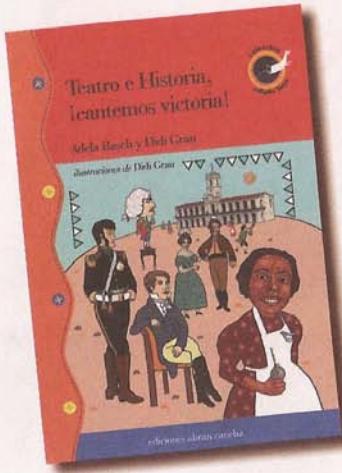


Teatro e Historia, ¡cantemos victoria!

teatro

Adela Basch y Didi Grau

Ilustraciones: **Didi Grau**



En la Historia Argentina hubo eventos decisivos para la nación y también pequeñas situaciones cotidianas que dieron forma a las diferentes épocas. Las ocho obras de teatro que integran este libro nacen de la intersección de esos dos escenarios: el público y el privado. Veremos en escena a Belgrano y la creación de la bandera, a unas mujeres que dejan el bordado y salen a la calle para participar, a San Martín y el cruce de Los Andes, a un peinetón volador, a la rebelión de los criollos ante el rey español y al chusmerío típico de las tertulias.

Cuentos con rima *para los que se animan*

*Adela Basch, Silvana Goldemberg,
Carmen Martínez, Graciela Pérez Aguilar,
Graciela Repún y Anahí Rossello*

ilustraciones de Sara Sedran

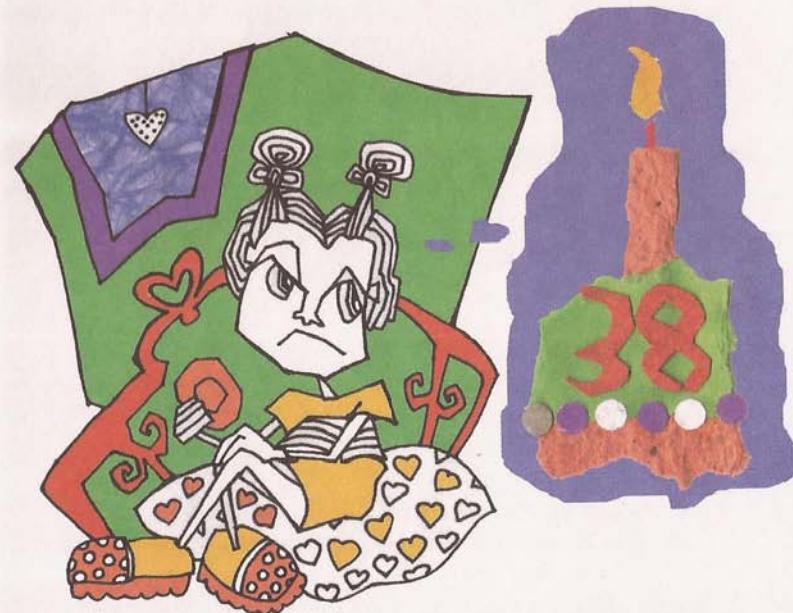
ediciones abran cancha

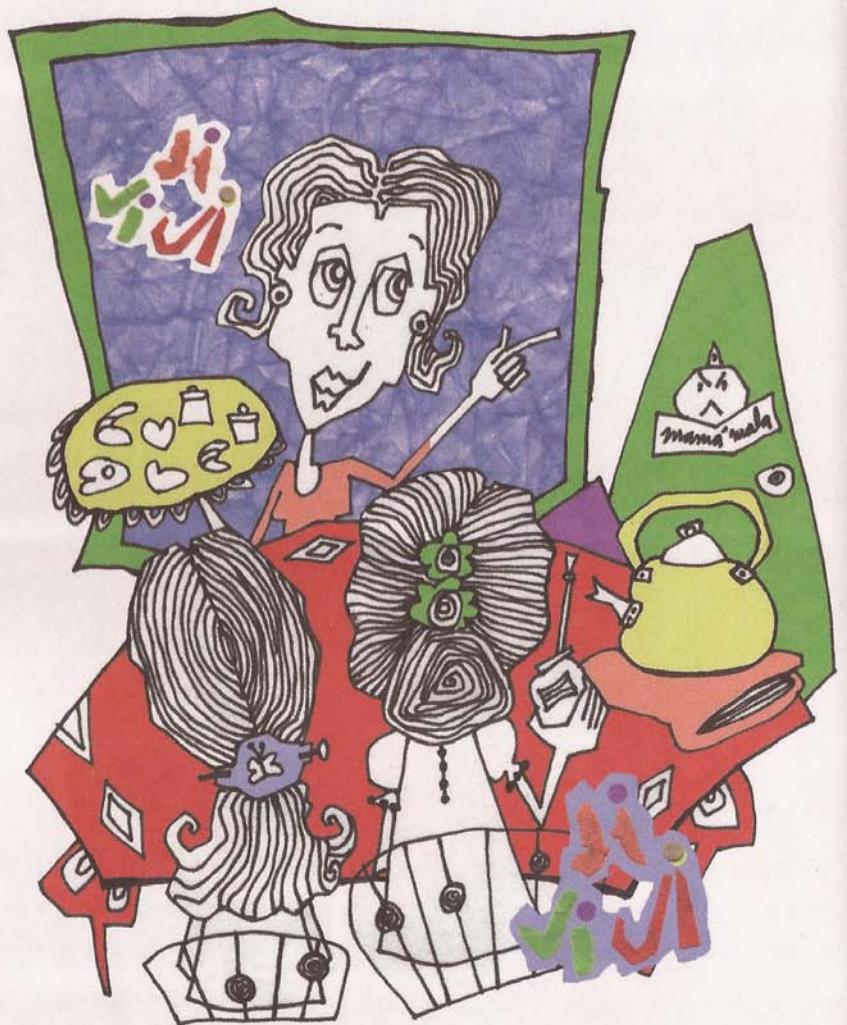


Ni me subí al asiento, ni llegué a decirle a Juana, ni di la vuelta manzana, que en la puerta de mi casa, mi mamá me ve, y me caza y perdiendo la paciencia me encierra, en penitencia. ¡Y le cuenta a las visitas! ¡Y yo escucho las risitas! ¡Y no me traen las masitas!

Pero yo tengo un bizcocho, guardado en una media; acá mi mano lo alcanza y antes de que llegue a mi panza, grito fuerte mi venganza:

“¡Cuando cumpla treinta y ocho, y vos seas muy viejita, yo voy a ir sola a la plaza a viajar en calesita!”.





Índice

Unas rimas que se arriman

Adela Basch

9

El gato montés que tenía la cola al revés

Silvana Goldemberg

17

No nos importa si la luz se corta

Carmen Martínez

27

Los valientes hermanos Suricato

Graciela Pérez Aguilar

37

Julián y su escudero, dos nobles caballeros

Graciela Repún

45

La traviesa travesía

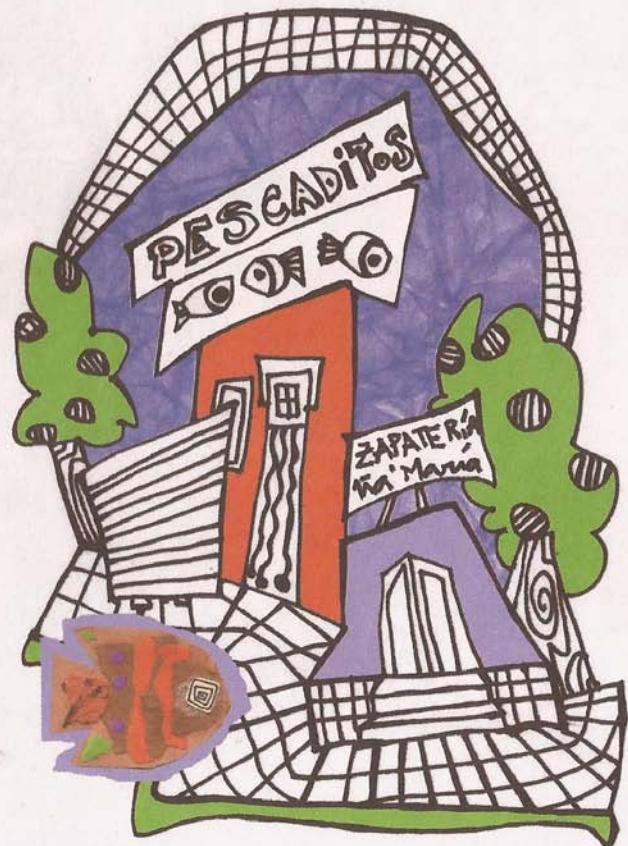
Anahí Rossello

53

Después la pescadería que en verano, a la hora de la siesta, apesta. Al lado vive Joaquín, siempre ensayando el violín para tocar en la orquesta. Su papá pinta el portón. (Creo que toca el trombón en el Teatro Colón.)

Y después doña María, la de la zapatería donde le arreglan las suelas a los zapatos de ir a la escuela.

Allá está. Casi llegamos. Ya nos falta repoquito, ya la veo... ¡Uy!... ¡Qué amargura! ¡Qué burla! ¡Qué desaliento!





¡Je, je! Creo que la asusté.

Si llega a estar Marina, la del quiosco de la esquina, nos regala golosinas. Eso sí, cobra peaje. Si le damos unos besos, nos permite seguir viaje.

A la vuelta, la casa de los mellizos -cachetones y petisos- con la remera de Boca y jugando a la pelota. (Mañana, en mi ventana, voy a pegar papeles con el escudo de Vélez.)

Unas rimas que se arriman

Adela Basch

Todos andaban mal por la zona del Yacuarebí. Y dicen que lo que pasó fue más o menos así.

Un día el zorro se levantó de mal humor. Tal vez porque sí nomás, tal vez porque hacía calor. Iba pateando la tierra y por dentro se sentía en pie de guerra.

Estaba en eso cuando vio pasar a un perro mascando un hueso. Sin darle tiempo de saludar le gritó:

-¡Eh, perro! ¡Sos el más tonto del mundo!

Sin esperar ni un segundo se le tiró encima para descargar sobre él su mal humor y le dio una patada que por poco lo desmaya del dolor.

Cuando el perro se repuso, se sintió dominado por el enojo y con ganas de pelear con el primero que se le pusiera ante los ojos.

Justo en ese momento vio pasar a una liebre, y la miró tan mal que a la pobre casi le da fiebre.

-¡Eh, liebre! -le gritó-. ¡Sos la más idiota!-. Y le dio un

golpe que estuvo cerca de dejarle la cabeza rota.

Cuando la liebre se recuperó, se sintió llena de furor. En ese momento vio pasar a un ratón.

-¡Eh, ratón! -exclamó-. ¡Sos tan tonto que más que tonto sos un tontón!

Y sin darle tiempo de contestar se le tiró encima y le dio un mordisco que estuvo a punto de dejarlo bizco.

Cuando el ratón se dio cuenta de lo sucedido, sintió una tremenda furia y un impulso ciego de descargarle con el



del almacén. Creo que fue a comprar vino, y leche para su minino. ¿Le contará a mi mamá? ¡A mí me importa un comino!

Vamos por otra vereda. Seguro que va a estar afuera doña Nelly, la portera. Es la hora de regar la enredadera y la planta de jazmín. A veces con la manguera, otras con la regadera. Ojalá que esté charlando con la panadera. Porque si me ve, le cuenta a mi mamá que me escapé y ahí sí que se arma la batahola, porque no quería que viniera sola.

¡Ya sé! Le grito: "¡A las acusonas, les crece cola de mona!".



primero al que le viera el pelo. El primero que pasó fue un cuis. Y sin pensarlo dos veces, le gritó:

- ¡Eh cuis, sos el más estúpido de todo el país!

Después, el ratón le estampó un golpazo con la cola que lo dejó sin sentido por más de una hora.

En cuanto el cuis se pudo levantar se sintió de un humor terrible y con ganas de descargarse con cualquiera lo más pronto posible. Sucedió que pasó por allí una rana. Apenas la vio, el cuis le dijo:

- ¡Eh, rana saltarina, sos lo más imbécil que vi en mi vida!

En un segundo se abalanzó sobre ella y le dio una paliza que le hizo ver las estrellas.

No bien la rana pudo volver a ponerse de pie estaba tan furibunda que al primero que viera lo iba a dejar más chato que una funda.

Entonces pasó por allí el zorro, que ya no tenía tanto mal humor aunque seguía haciendo bastante calor.

En cuanto la rana vio al zorro, sintió que sus fuerzas se multiplicaban por millones y le dio unos tremendos coscorrones.

Al zorro le volvió enseguida el mal humor, y un rato después volvió a patear al perro que se retorció de dolor. Más tarde el perro atacó a la liebre; la liebre, al ratón; el ratón, al cuis y el cuis, a la rana.

Así se pasaron toda la mañana. Después, también la tarde. Mientras tanto el ánimo se les encendía



cada vez más, como una fogata que arde y arde y arde. Por la noche durmieron inquietos y nerviosos. Para cada uno los demás eran su enemigo, y les resultaba imposible descansar tranquilos.

Así estuvieron un tiempo. En sus cabezas había lugar para una sola idea: cómo estar siempre preparados para la pelea. No podían pensar en otra cosa, y ni hablar de disfrutar de alguna experiencia hermosa. Todos se insultaban, se pateaban, se golpeaban y se mordían donde se encontraran y a cualquier hora del día.

Fue entonces que una mañana sopló una brisa refrescante y llegó al lugar un mono que nadie había visto antes.

La traviesa travesía

Anahí Rossello

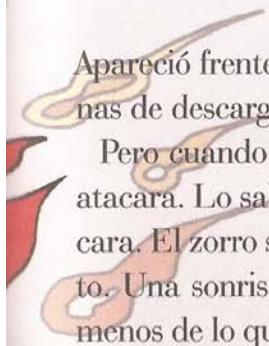
“Ponete a hacer la tarea. Metete en la bañadera. Lavate muy bien los dientes. Tomá la leche caliente. Limpiate bien las orejas.”.

A mí que nadie me mande. Tengo siete y ya soy grande. Pero dice mi mamá que no me deja. ¿Qué espera? ¿Que me vuelva vieja? ¿Que me crezcan pelos de comadreja? ¿Que me coma todas las lentejas?

¡No, señor! Yo voy a ir sola. Hoy, cuando vengan sus amigas de visita a tomar mate con masitas.

Entonces le digo a Juana -si no le cuenta a su hermana, que es un poco tarambana- que saque la bicicleta y se cambie las chanclas. Nos vamos hasta la esquina, sin que vea su madrina. A lo mejor la vecina nos regala mandarinas y vemos las golondrinas que salen como alocadas de sus casitas colgadas de los cables de la luz.

Doblamos en esa calle. ¡Ladra el perro!, ¡que se calle! Y en el medio del camino se nos cruza el vecino que sale



Apareció frente al zorro justo cuando este andaba con ganas de descargar sobre alguien un fuerte mamporro.

Pero cuando el mono lo vio, no le dio tiempo de que lo atacara. Lo saludó con una sonrisa que le recorría toda la cara. El zorro se sintió paralizado por un gran desconcierto. Una sonrisa era algo que no veía hacía tiempo. Y en menos de lo que se tarda en decir “abracadabra” el mono empezó a soltar estas palabras:

*Justo en el medio del campo
suspiraban dos tomates,
y en el suspiro decían:
¡hoy queremos tomar mate!*

El zorro pasó del desconcierto al asombro y del asombro a la carcajada. Se reía tanto que tenía la expresión desencajada. Se imaginaba a los tomates con una bombilla y se reía como si alguien le hiciera cosquillas. Entonces el mono siguió:

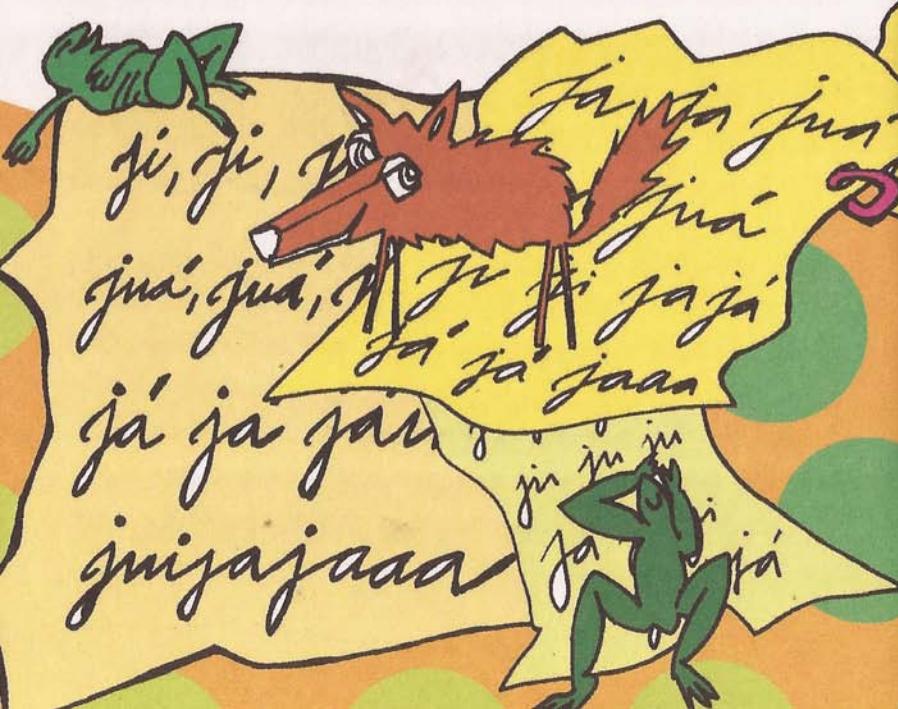
*Por el río Paraná
va nadando un surubí,
y mientras nada, comenta:
¡qué picante está el ají!*

Las carcajadas del zorro era tan grandes que resonaba

por todas partes. En pocos minutos llegaron el perro, la liebre, el ratón, el cuis y la rana, atraídos por el sonido de la risa, que hacía tanto tiempo no escuchaban. El mono siguió:

*De las aves que bailan
me gusta el sapo,
porque deja la alfombra
toda hecha un trapo.*

Entonces todos se largaron a reír, y rieron juntos durante todo un día hasta soltar toda la risa que hacía tiempo no reían.



Pero Julián y Manu recordaron "El gato con botas", donde el gato usaba el poder del malo en beneficio suyo. Y cuando vieron a Cursimal correr hacia el castillo, trataron de herirlo en su orgullo:

-Cualquiera se transforma en un dragón o un gigante... ¡Eso no lo convierte en un mago importante! Sólo unos pocos magos, muy poquitos, se transforman en algo pequeño.

Cursimal escuchó con atención. Y de pronto se transformó en caballo.

Luego en perro. Luego en gallo. Después en pollo, en ratón, en grillo y hasta en mosquito... Cuando se convirtió en luciérnaga... ¡allí Julián lo atrapó! Lo metió en una botella y lo usó de farolito.

Así leyeron de noche sus cuentos de aventuras, hasta que el mago olvidó sus chifladuras, y se volvió narrador. Ahora anda por el mundo, un bichito de luz que habla, iluminando la noche con sus mágicas palabras.





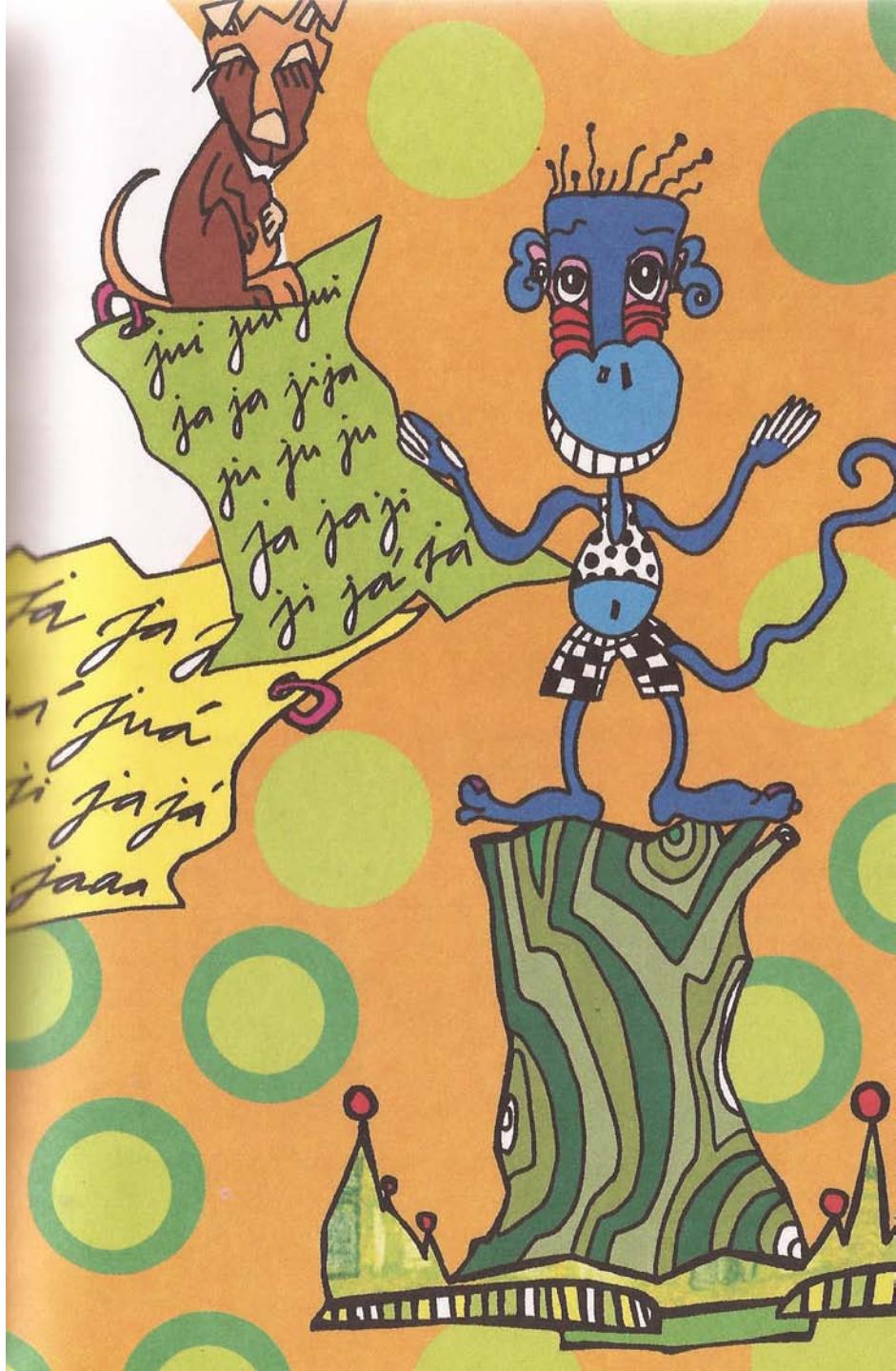
Se hizo pasar por pintor. Dijo que estaba de viaje, buscando para sus cuadros los más hermosos paisajes.

Ni Manu ni Julián creyeron en este truco barato. Enseguida descubrieron que el pintor, a cada rato, se quejaba y se quejaba de lo mal que se comía, se dormía y se viajaba.

Eso los hizo pensar en "La princesa y el guisante". ¡Sólo se quejaría así un personaje importante, acostumbrado a los lujos y a las ropas elegantes!

Cuando vio que su disfraz ya no servía, el rey se convirtió en feroz dragón, y lanzando llamaradas y chispitas anunció:

-Aunque no quieran, ¡será mía esta región!



Estaban de tan buen humor que a nadie le importaba si hacía frío o hacía calor. Despues inventaron entre todos muchas rimas del estilo de las que había dicho el mono. Y se les ocurrían tantas y tantas ideas que no les quedó lugar para volver a imaginar una pelea.

Una noche sopló una brisa que venía de las estrellas, y el mono desapareció sin dejar huellas.



Cursimal volvió a atacar. Envió una niebla mágica donde Manu se perdió. Pero al rato recordó “Hansel y Gretel”, un cuento donde se hablaba de un truco que recordó en el momento. Tomando un pan de su saco comenzó a arrojar las migas, atrayendo así a las aves y acaso a una mano amiga.

Julián lo encontró enseguida cuando notó, intrigado, que todos los pajaritos volaban hacia ese lado.

Cursimal, muy enojado, decidió ir personalmente a ver por qué estos amigos lo vencían tan fácilmente.



El gato montés que tenía la cola al revés

Silvana Goldemberg

*Para mi abuelo Gregorio que me está mirando,
mientras yo lo sigo contando.*

Había una vez un gato montés que tenía la cola al revés, ¿querés que te lo cuente otra vez?, así jugaba con Gregorio cuando yo tenía bastante menos de diez.

Después de tanto tiempo de repetir aquel cuento (hacé la cuenta, ya cumple cuarenta), mirá lo que me pasa:

Salí hacia la plaza que está enfrente de casa, la cara al sol, disfrutando el paso, cuando vi a una nena con un gato bajo el brazo.

Me llamó la atención, no era un gato del montón. Me acerqué, me acerqué y me acerqué para verlo bien. ¡No me lo vas a creer!

No era otra cosa que... ¡un gato montés que tenía la cola al revés!

¿Hace falta que te lo cuente otra vez?



La reina dormía tranquila sin preocuparse por guerras, ya que cualquier enemigo que atravesara aquel bosque sería sin dudas vencido con ingenio y no con golpes.

Cuando el rey y poderoso mago Baldomero Cursimal planeó invadir esas tierras, no fue gentil ni formal.

Sabía que el único modo de dominar la región era vencer al escudero y al caballero campeón.

Para hallarlos ordenó a dos de sus asistentes que se fueran pronto al bosque para darles un presente: dos gorros de dormir, a rayitas, muy calientes, que les cubrirían la nuca, las orejas y la frente. El astuto plan del rey era guiarse por los gorros, acercarse por sorpresa y darles unos mamporros.

Julián agradeció el regalo, pero sospechó una trampa que podía ser fatal. A la noche, despacito, como hizo "Pulgarcito", les colocó los gorritos a los hombres de Cursimal. Por la mañana se vio que alguien los había golpeado y volvían con su rey seriamente magullados.

Cursimal no se dio por vencido. Mandó una plaga de castores que detenían los ríos y masticaban el bosque.

Julián y Manu se acordaron de "El flautista de Hamelín". Tallaron dos largas flautas y el problema tuvo fin. Trataron de encantar con su sonido a los castores, para llevarlos hacia lugares mejores, pero tocaron tan mal, eran tan desafinados, que los castores huyeron igual, aturdidos y espantados.



Las palabras de aquella historia tocaron el timbre de mi memoria. Le pedí a la nena:

-Sé buena, acompaña me hasta mi casa que queda enfrente de la plaza; es tan cerca que está detrás de esta cerca.

La nena me contó que se llamaba Malena y que el gato, regalo de su tío Ñato, era Ronromeo. Me dijo que su cola al revés no le importaba, que en realidad ella ignoraba si lo que estaba al revés era la cola o el resto de Ronromeo, y que, de todas maneras, no quedaba taaaan feo.

Entonces le expliqué lo que ocurría y por qué su gato me interesaba. En esas conversaciones se nos fue yendo el día.

Adivinen qué le dije, adivinen, adivinen... y neuronas no mezquinen. ¡Siiií!, le dije:

-Porque es un gato montés que tiene la cola al revés y eso coincide con lo que me decía mi abuelo, y que guardo en la memoria junto con muchas otras historias.

Recordé otra vez el cuento de Gregorio, pedí permiso y me senté ante el escritorio para correr la bolilla de esa extraña maravilla. Llamé a periodistas, a varios artistas, a un dentista, a fotógrafos, a camarógrafos, a psicólogos, a biólogos, a veterinarios y a mi tío Mario.

Científicos de diferentes rumbos y profesores de todo el mundo viajaron para investigar este fenómeno tan especial, original, particular, descomunal, como es la existencia de un gato montés que tiene la cola al revés.



A los pocos instantes arribaron expectantes aquellas eminencias que, sin una gota de paciencia, rodearon a la nena.

-¡Zaz! -dijo ella-. ¡Llegaré tarde a la cena!

Pidieron a la niña que les prestara a su gato:

-Dale, ¿sí?, es solo por un rato.

-Prefiero que sea por un ratón -dijo el gato glotón, según escuchó un sabio de Neptuno que entiende idioma gatuno.

Julián y su escudero, dos nobles caballeros

Graciela Repún

Julián era un valiente caballero. Él y Manu, su amigo y escudero, siempre estaban ansiosos de aventuras, vestidos con brillantes armaduras, espadas poderosas y lanzas muy pinchudas. Pero estas eran armas que no usaban más que para dar un susto, porque a Julián y a Manu las peleas les causaban disgusto. Con ingenio, una red y muchas mañas, estos buenos amigos lograban grandes hazañas.

La reina les había dado una misión importante: proteger los reales bosques de bandidos y maleantes.

Julián era un gran lector. Leía desde pequeño. Los libros le parecían como la vida y los sueños.

Siempre se llevaba algunos debajo de su coraza, cuando iba a cuidar los bosques de cualquier seria amenaza.

Los libros de aventuras eran sus preferidos. En ellos había aprendido que algunos héroes famosos con astucia habían vencido a muchos malos odiosos.

La fama de Julián y Manu había llegado a otras tierras.



Grandes especialistas e infaltables curiosos (que no estaban en mi lista, pero se hicieron los osos) hacían cola para observar la otra cola, la del gato montés que la tenía al revés.

Los periodistas traían grabadores y los psicólogos, anotadores. Los dentistas pidieron sillones y los veterinarios camillas, pero convencí a todos para que se sentaran en la misma silla. Al final todos se ubicaron con comodidad y se prepararon con mucha atención para presenciar la presentación.

El felino feliz no estaba, pero se mantenía tranquilo y

no hizo falta darle el té de tilo que, por las dudas, trajo un vecino.

Ahora pongámosle a esto un punto y volvamos a nuestro asunto. Después de examinar al gato montés una y otra vez, de investigarlo, de analizarlo, de fotografiarlo, de filmarlo, de reportearlo y hasta de usarlo de modelo sin que



hizo un gesto para que siguiera hablando.

-Debes saber que nosotros los suricatos tenemos un don inigualable que nos hace invulnerables -dijo Tato rascándose la oreja derecha con la pata izquierda.

-¿Y? ¿Cuál es ese don? -preguntó el buitre impaciente.

-Hace falta cazar tres suricatos para poseerlo -contestó Tato.

Tonto como era, el buitre Salitre soltó a Renato de entre sus garras y se precipitó sobre Tato y Torcuato. Los tres hermanos Suricato salieron corriendo hacia los cuatro vientos y el buitre nunca pudo alcanzarlos.

Cuando se reunieron otra vez en su cueva, Tato, Torcuato y Renato festejaron haberse librado del buitre Salitre. Entonces, Torcuato le preguntó a Tato:

-¿Es cierto el cuento del don de los suricatos que le constaste al buitre Salitre?

-Yo invento los cuentos en el momento -dijo Tato- pero a veces resultan ciertos...

Pero la advertencia llegó demasiado tarde... ¡Qué momento turbulento! Salitre agarró entre sus garras a Renato y se lo llevó volando por los aires sin mucho donaire.

-¡Socorro, que pierdo el morro! ¡Auxilio con este pillo!
-gritaba el pobre suricato-. ¡Me mareo con tanto jaleo!

-¡Coraje, Renato, ya va a pasar el mal rato! -le contestaban sus hermanos corriendo con la lengua afuera y el miedo adentro.

Pero sucedió que el buitre Salitre, angurriento como era, vio por el rabillo del ojo que allí abajo corrían otros dos sabrosos y deliciosos candidatos suricatos. Pensó que eran un refuerzo para su almuerzo y ese fue su error. Se posó sobre la rama de un árbol alto sin soltar a Renato y esperó que sus hermanos llegaran hasta allí.

-Puff, puff -dijo Torcuato cuando llegaron al pie del árbol-. ¡Buitre Salitre, no es justo que nos des este susto!

-A Justo nunca le di el gusto -contestó el buitre con su conocida sonrisa torcida.

-Dejámelos a mí -le susurró Tato a su hermano Torcuato-. Yo sé mucho de avechuchos.

Y, acto seguido, Tato se acostó panza arriba al pie del árbol y empezó a hablar:

Como Salitre, además de angurriento era codicioso, le



se le moviera ni un pelo, una estudiosa comisión llegó a su conclusión.

Mi tío Mario, designado para hablar en nombre del equipo, parado sobre el escenario, tuvo un ataque de hipo. Después de recuperarse, carraspeó y, mirando al gato de reojo por arriba de sus anteojos, anunció:

-CADA UNO ES COMO ES, AL DERECHO O AL REVÉS.

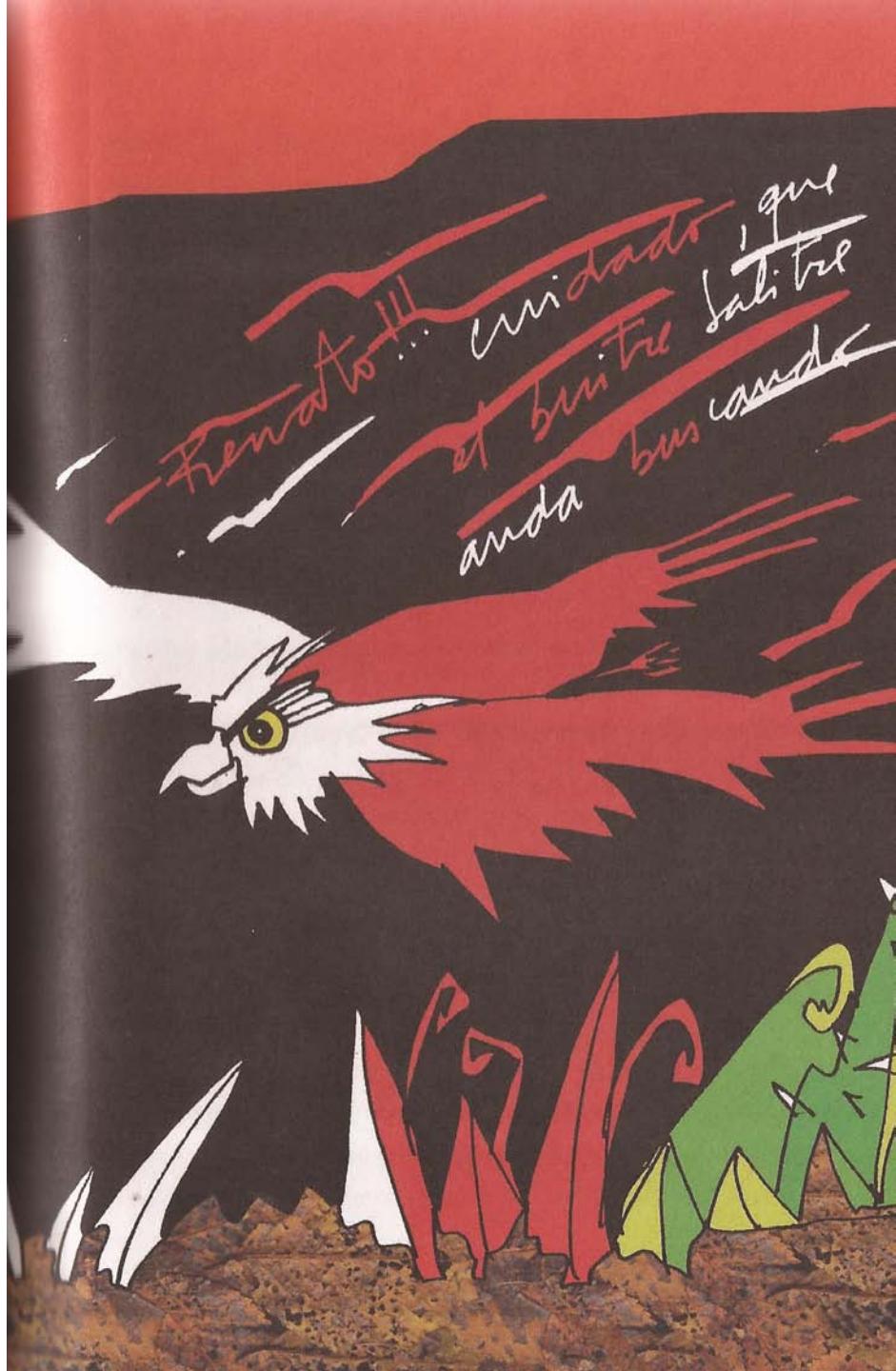


-¡Eso, eso! ¡Conclusión maravillosa! -se escuchó exclamar al público con un grito fuerte y único.

Y agregamos todos:

-¡CADA UNO ES A SU MODO!

Invité a mis amigos a brindar, había que festejar: fue para la comunidad un gran aporte (esperemos que a ella le importe).*





Volví con gaseosas (no conseguí otra cosa) y algo para comer. -¡Gracias, gracias! -dijeron todos los presentes cuando llegaron las empanadas calientes.

Cuando la “función” hubo terminado, intujo que cada uno volvió a lo suyo, cansados pero contentos de haber vivido el momento.

La nena nos dijo “chau”. El gato nos dijo “miau”.

Nosotros les dijimos “gracias”, porque hay que tener diplomacia, y pedimos disculpas por las molestias, ya que no conviene ser bestias y porque no es cuestión de no saber pedir perdón.

Y así se fue aquel gato montés, el que tenía la cola al revés.

Sucedió que el gato se marchó... pero la historia quedó. Y yo te la estoy contando para que siga rodando.

-¡El buitre Salitre! -contestaba Tato poniendo voz de buitre.

-¡Ya sé que sos vos, Tato, no me hagas pasar un mal rato! -decía Torcuato, aliviado porque los buitres son los grandes enemigos de los suricatos.

Pero esa vez, la broma de Tato se convirtió en realidad porque un momento después los hermanos vieron la sombra siniestra del buitre Salitre que planeaba sobre ellos. Planeaba porque volaba y también porque hacía planes para comerse un delicioso plato de suricato.

-¡Sonamos! -dijo Torcuato- ¿Dónde está Renato?

-No lo veo desde hace rato -contestó Tato.

-¡Hay que avisarle, no sea que sufra un atraco de este pajarraco!

Entonces, los dos hermanos, Tato y Torcuato, salieron corriendo como el viento en busca de Renato.

Mientras tanto, un poco más lejos de la cueva, Renato perseguía a un pato con el único fin de molestarlo un poquito, porque los suricatos no comen patos sino bichitos chiquitos. De pronto, escuchó la voz de sus hermanos que gritaban:

-¡Renato, cuidado que el buitre Salitre anda buscando comerse un “bocato di suricato”!



Torcuato es chicato.

Renato desaparece a cada rato.

Los hermanos Suricato siempre están en alerta cuidando la puerta. ¡Pobre del que se atreva a entrar en su cueva! Porque, por si nunca oíste hablar de ellos, los suricatos son los animales más atentos del planeta. Atentos y vigilantes.

Hace tiempo, una mañana, estaba de guardia Torcuato Suricato, que como era chicato tenía que soportar las bromas de Tato. Tato se hacía el plato escondiéndose detrás de un matorral cercano a la cueva y moviendo las ramas.

-¿Quién anda en la planta? -preguntaba el pobre Torcuato.



No nos importa si la luz se corta

Carmen Martínez

Anoche sucedió algo verdaderamente espectacular. La pasé tan bien que te lo voy a contar. Estábamos todos tranquilos mirando televisión y deseando que sucediera algo que nos diera más diversión. De pronto, se apagó el televisor justo cuando Bart decía “no fui yo”. En seguida nos dimos cuenta de que se había apagado todo y oímos a la tía que se quejaba: “Pero qué barbaridad... otra vez se cortó la electricidad”.



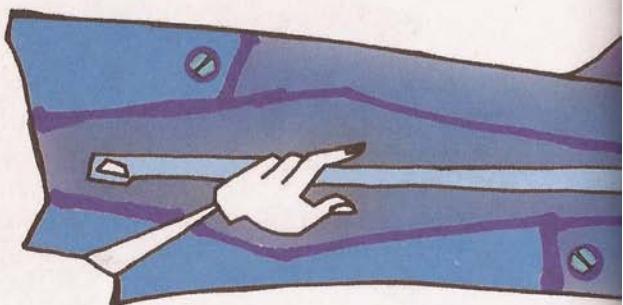
Junto a mis amigos comencé a celebrar la ocasión. Nadie se quejó por el apagón. Era más que perfecto, podríamos ir molestando al resto y nadie sabría decir quién lo había hecho caer sobre las rodillas con alguna zancadilla. La tía bajó a hablar con la vecina y, nosotros, como potros que acaban de ser desatados, comenzamos con un juego que te va a dejar perplejo. Yo sería el novio de un improvisado casorio. Mi prima Gloria sería la novia, su hermano Justino sería el padrino y mi hermana Cristina, ya saben, la madrina. Habíamos visto la boda de Talía por televisión y quisimos hacer esa representación.

Mi amigo Alberto, llamado “el tuerto” porque le gustan los parches de pirata, cantaría como pudiera, a pesar de su ronquera, el famoso Ave María que escuchó cantar a Sofía la pasada primavera. Y su hermana, la pingüina que aún no se baña sola, tocaría la pianola que recibió Gloria de la tía Lola por haber sido nombrada la famosa abanderada.

Me fui a la habitación a buscar un pantalón elegante y colorido para ser un galán con pinta y bien vestido, aunque

fueras
por un
rato.

Pero no
detendré
el relato.



Los valientes hermanos Suricato

Graciela Pérez Aguilar

Estos son los tres hermanos Suricato. Sus nombres son Tato, Torcuato y Renato. Aquí te mostramos sus retratos: Tato siempre se hace el plato.





Estoy contando un suceso de esos que tienen gran peso, nada menos que una boda. En fin, que además del pantalón, en ese oscuro rincón encontré un lindo batón para que usara Gloria, que, además de largo, era blanco, con encajes, y combinaba con mi traje. Ella se quejó y dijo que era demasiado largo, pero le contesté:

-Es justo lo que está de moda al celebrar una boda. Además le dije que parecía un hada, aunque en verdad... ¡para nada! Más bien parecía una loca fugada del hospital, pero como no había luz, tampoco iba a quedar mal.

Encontré un pantalón para Alberto y también un cinturón para Gloria, pues el vestido era tan largo que tropezaba a cada paso y limpiaba el piso como si fuera un lampazo. Gloria le puso a la pingüina, que tocaría la pianola, una de sus camisas, tan grande que hasta a ella le dio risa. Le quedaba como un vestido de noche y se veía igualita que un ratoncito escondido dentro de un coche. Pero se reía divertida y solo pedía comida. Bueno, es que en las bodas además se hace un banquete. Pero no había luz para nada, ni siquiera para empanadas o para un par de panqueques. Así que saqué un alfajor que guardaba en el bolsillo y lo partí en tantas porciones que parecían palillos.

El padrino se vistió con un gabán de su padre. ¡Parecía un avión con desperfectos, el compadre! Es broma, Justino se veía de lo más elegante y comenzó a hacer uso de sus artes. Sucede que le encanta el teatro y es muy atrevido. Y

El conductor, muy contento, las amarró a la carroza que en realidad era un auto con un gran moño rosa. Así que todo ya estaba en perfectas condiciones para llevar a los novios a unas cortas vacaciones.

La próxima vez que algún cable se reviente, ¿qué me sugerís que invente?

declaraba casados. Todos los presentes aplaudían, reían y lloraban emocionados. Nos daban besos y nos deseaban pronto regreso. Afuera estaba el auto esperando por nosotros. Muy lindo, muy limpiecito. Blanco y grande como un oso polar. Pero el conductor no quería arrancar hasta



tener un letrero que dijera "Recién Casados" y las latas amarradas que sonaran como, pues, como latas arrastradas. Gloria salió disparada como quien huele empanadas. Corrió a la despensa y buscó latas en cantidad inmensa.

comenzó la función sin que fuésemos advertidos.

Justino y Cristina estaban al frente, no de un altar, sino de la sala donde la representación tendría lugar. La pingüina ya tenía los dedos sobre las teclas y Alberto quiso ejercitarse su garganta para que nadie se quejara de cómo canta. (Con esa voz de sapo viejo, supo dejarme perplejo.)

Gloria y yo dimos la señal. Comenzó la ansiada marcha nupcial mientras caminábamos hacia el supuesto altar, cuando la pingüina salió gritando:

- ¡Alto! Esta boda no se puede efectuar.

Yo me aguanté la risa cuando vi a la pobre nena con la mitad del brazo fuera de la camisa. Daba pena. Le pregunté por el motivo de detener el casorio. Y ella dijo con su voz de chaucha recién pelada:

- No tenemos juez, ni cura, ni rabino, ni nada.

La novia comenzó a llorar diciendo desesperada que era su primera boda y ya la dejaban plantada. Alberto decidió cantar aunque no se realizara la dichosa ceremonia, diciendo que aunque se cancelara le tendrían que pagar. Gloria me miró sonriente y me pregunté por dentro qué podría tener en mente.

Bajó al patio y trajo a Viento, su perro color verdoso que ladra con el mismo lamento con el que duermen los osos; claro, durante el invierno, que donde ellos viven parece que fuera eterno. Y dijo de lo más agrandada: "Ahora no falta nada".



Cuando Gloria logró que Viento dejara quieta la cola, comenzaba la pingüina muy emocionada a tocar la pianola algo desafinada. A ella se sumó “el tuerto” con su voz de sapo muerto a cantar como podía el famoso Ave María. Luego llegamos nosotros, los novios, que parecíamos vestidos para un velorio. Nos acomodamos al lado de los padrinos y miramos al perro que, aturrido por el talento de Alberto, comenzó a aullar como podía porque Gloria le puso un cuello clerical que le servía de bozal. En eso llegó



la tía, y al mismo tiempo... la luz. Parecíamos fugados de una película muda. Pero disfrutamos mucho, de eso que no haya duda.

Me hubiera gustado terminar la ceremonia. Pero ya con luz y con mi tía... que era la madre del tuerto, ¡había que verla a la doña! Puso una cara... como si hubiera visto a una momia. Pero igual les cuento cómo hubieran seguido los acontecimientos.

En el momento esperado el perro que hacía de juez nos